

“LA NOCHE, UN ESPACIO AUTÉNTICAMENTE NUESTRO”

Eduardo Verdú

Máster en Periodismo UAM / EL PAÍS.

Licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid

Columnista de EL PAÍS

E-mail: everdu@sogecable.com

“La noche es joven”. Está muy visto, pero es cierto. La noche no la quería nadie y el día no nos quiere, así que la solución era fácil. Los jóvenes nos hemos apoderado de una oscuridad que hemos encendido con neones y cigarrillos, que hemos decorado con música y alcohol. El día nos es hostil. El trabajo nos disgusta, la familia nos resta libertad. La noche es el único espacio auténticamente nuestro. El sol se pone tras una jornada en la que hemos hecho vida de adolescentes en cuerpos de adultos. Hemos acudido a clases que no nos enseñan, a trabajos que no nos realizan, hemos tenido que bajar el volumen de la cadena de nuestro cuarto y doblar la servilleta después de comer. Acatamos mansamente una vida que no nos gusta. No protestamos. No buscamos arena de playa bajo la acera ni le ponemos claveles a los tanques. Ni siquiera guardamos rencor. No pretendemos cambiar las cosas, no somos rebeldes. Sólo deseamos que nos dejen un rato en paz, con nuestras frustraciones y nuestros gozos, con nosotros mismos. Que se vayan a dormir y nos entreguen la noche.

La noche es sólo nuestra. Ni los adultos ni los adolescentes son bienvenidos. Los mayores que critican nuestra forma de diversión se desacreditan ante nosotros y los que intentan confraternizar con nuestro rollo nos resultan patéticos. De vez en cuando se cuele entre los garitos de copas un cincuentón despistado, un polizón en la noche que anda tan extraviado por las calles como por su propia vida. Incluso un treintañero-cuarentón desentona en nuestra noche. El resto del día es suyo, de sus BMWs desde donde nos observan bucear en el metro, de sus despachos en los que amontonan nuestros currículums y de sus portales de

mármol donde habitan sin restricciones. Pero en la madrugada no tienen sitio. Pueden pedirse unos cubatas, corear el estribillo de alguna canción, pero son extraños. Igual que el adolescente. Los adolescentes y los jóvenes nos llevamos, en general, bastante mal. Cada uno suele moverse en su hábitat y procuramos no coincidir. Como dos especies que no congenian, podemos compartir los lugares, pero no tiempos. Muchas discotecas tienen un horario dedicado a los adolescentes, de siete a once de la noche o algo así, luego chapán, reciclan el lugar, y lo vuelven a abrir para que los invadamos nosotros. El espíritu generacional del que tanto carecemos se caldea por la noche. No necesitamos hablar para comprendernos, sabemos por qué estamos todos allí pasando calor y tragando humo en una sala con calaveras dibujadas en las paredes. El segurata anabolizado, la pija que vomita con la falda remangada, el "colgao" que le vacila a la chinita de las rosas, el salido que devora a la salida, la amiga de alguien dormida entre los abrigos... Todos son personajes entrañables porque tienen derecho a hacer lo que hacen, a viajar en Samur a casa o a encontrar el amor de su vida. Por la noche mandamos nosotros en un mundo sin jerarquías. Nos vestimos como queremos, ponemos la música a los decibelios que deseamos, consumimos lo que el dinero y el ritmo nos inspiran. No anhelamos llevar otra vida que la que arrastramos por los parques o las discotecas, no es posible estar disconforme porque no hay enemigos ni alternativas. La noche es un planeta de iguales. Una superficie sobre la que deambula gente como nosotros, distinta en los cortes de pelo y la ropa, en las ganas de volver a casa o de follar, pero afines.

La noche para nuestra generación es una celebración, una celebración con algo de aquelarre, de exorcismo, pero, al fin y al cabo, una fiesta. Hablando a gritos en un tugurio o a susurros en un portal, dando botes sobre una pista pegajosa o abrazando a un desconocido, conjuramos el conformismo y la indiferencia que nos aploma durante el día. Durante el día, no en la vida. Hoy los jóvenes hemos desvirgado una nueva dimensión temporal. La noche es más que un rato de ocio, es más que un encuentro con los amigos, más que el epílogo de la jornada. La noche no es lo que resta del día, sino lo que lo que lo sustituye. Hemos transgredido la organización formal y espacial del tiempo que formularon nuestros mayores: el día es para trabajar y la noche para descansar. La noche no tiene horas, su pulso está marcado por los cubras, por

los garitos visitados, por el discjockey y por el sueño. La noche es un mundo distinto, con códigos de conducta y reglas diferentes a las que imperan en el territorio luminoso de los adultos. Cuando el sol se pone, un borracho es un amigo y una camarera una virgen.

Cuando hablamos de la noche me refiero sobre todo a la de los fines de semana en los que salen 8 de cada 10 jóvenes. Aunque es en vacaciones, especialmente en verano, cuando tomamos definitivamente la noche como espacio vital. Muchos jóvenes se levantan a la hora de comer, tras una larga y agotadora noche y madrugada de marcha, sin más propósito que acicalarse para salir en cuanto anochezca. Los padres han tenido que asumir la derrota de sus consejos: "hay que aprovechar la mañana" o "no vuelvas tarde". Las fronteras de la noche no dejan de expandirse. Casi la mitad de los jóvenes está de marcha hasta las cuatro de la mañana, algo que nuestros padres no alcanzan a entender, ya que en sus tiempos a esa hora uno sólo podía estar descuartizando a alguien o citándose con Satanás.

El equinoccio vampírico en que los jóvenes hemos transformado nuestra vida contienen dos ingredientes principales: la música y el alcohol. La música es un saqueador de emociones. La música es necesaria para atizar esa vitalidad que mantenemos anestesiada durante el día. Los adultos nos acusan de apáticos, de aburridos, de estar aletargados, y lo que ocurre, simplemente, es que no canalizamos nuestra energía de la forma que estiman consecuente. No existe escenario más vivo y pasional que una zona de copas aun sábado por la noche. La música es una aliada junto a la cual uno se siente superior a la realidad: al suspenso en Física cuántica, a la indiferencia de la go-go, a la bronca del padre, al madrugón del día siguiente. Es cierto que esta simbiosis con el ritmo está favorecida por el alcohol, pero es por eso por lo que ambos ingredientes se resuelven en un cóctel redentor.

El alcohol. Nueve de cada diez jóvenes lo consume. Según un estudio realizado por el Injuve, a los jóvenes de entre 15 y 29 años la actividad que más le gusta hacer fuera de casa durante el tiempo libre es beber, ir de copas, más que bailar, hacer deporte, ir de excursión, viajar, ir al cine, leer libros... Beberse seis cubatas en una noche es común. No son motivaciones como la autodestrucción o la evasión las que lo explican. El tipo que no bebe está mal visto. Es como si renunciase a darle una calada a la pipa de la paz en una

convención sioux. Beber alcohol es parte del ritual de la noche. No hace falta emborracharse, pero quien no se apunta a un par de rondas o tres no se acaba de integrar. Y no porque deje de compartir el limbo étílico en el que ríen y blasfeman los amigos, sino porque no sigue las pautas, los requisitos de la fiesta, y eso le margina.

El alcohol es la verdadera droga de nuestra generación. La de nuestros padres era la marihuana y el LSD, y la de los chavalines que hoy empiezan a adentrarse en la noche son las drogas de diseño. El tipo encharcado de JB al que dos amigos arrastran hasta un taxi, el mindundi envalentono por el Absolut que se ha llevado dos hostias del segurata, la niña tumbada en la acera a la que una amiga le grita: "¡tía, María Luisa, como vomites me muerdo!", son accidentes de la noche que los expertos ven como indicios de una futura alcoholización, pero que nosotros entendemos como meras escenas del paisaje nocturno.